

actúan de una manera poco dogmática o ideológica y más de una manera muy práctica. De alguna forma, la influencia de su caso ha hecho que estudiemos ahora hacer una cubierta agrícola sobre algún edificio público en la ciudad.

E.P. ¿Quién la gestionará?

V.G. La gestionará el equipamiento o se dará en concesión a gente del barrio. Se está estudiando...

E.P. Pero no será un huerto vecinal...

V.G. No, porque hay otro fenómeno que es el de los huertos sociales, que es diferente, que ocurre en general alrededor de masías antiguas o parques en el cual Barcelona es pionera.

El tema de la cubierta verde tiene relación con otro fenómeno que es el de la regulación de las aguas, que es un efecto beneficioso para la ciudad. Cuando llueve mucho, si tú puedes retener el agua, lo que ocurre es que este agua no llega con tanta contundencia y acumulación al sistema de alcantarillado, y por lo tanto hace que los picos de la gestión del agua se reduzcan. Al quedarse en la cubierta durante un tiempo, parte de ella se consume y otra parte va al alcantarillado.

Barcelona ha hecho una inversión muy grande en 13 depósitos de agua, que hace que ahora, cuando llueve, el alcantarillado no reviente y se inunden algunas partes de la ciudad. Se pueden almacenar más de un millón de litros. Igualmente, un colchón en las cubiertas, que pueda absorber parte de este agua, es un sistema beneficioso.

E.P. ¿Cuándo se ha hecho esta inversión en depósitos?

V.G. Pues ha sido una inversión de 20 años y 250 millones de presupuesto. Ahora se acaba de terminar el del Parque de la Riera de Horta.

E.P. ¿Va combinado con algo más?

V.G. En este caso es un depósito de agua que tiene encima un centro de tratamiento de residuos, luego tiene un parque encima y luego una cubierta fotovoltaica. Es un edificio fantástico, de 300 metros de largo, que está escondido. También en el Parc Joan Miró hay otro de estos grandes depósitos para poder retener el agua. Hay una idea de retener el agua así, o bien retenerla en la cubierta. En algunas ciudades suecas hay ejemplos de cubiertas verdes con una clara vocación paisajística, y también vinculada a la gestión del agua.

Siempre he pensado que las cubiertas deberían tener otro tipo de usos, deberían tener por ejemplo lugares de trabajo, que permitieran hacer otras cosas que en tu casa. En muchos casos, al no usarlas ningún vecino, han acabado privatizándose. (V.G.)

E.P. ¿Tanto pueden regular el agua? Para eso necesitas un montón de cubiertas...

V.G. Sí, y también necesitas un buen colchón de tierra... pero este es un primer paso para entender que hay una relación entre el ciclo del agua y la producción vegetal en las manzanas de los edificios. Tú no puedes tener un argumento sólo respecto al uso de la cubierta y no tener un argumento respecto al uso del agua, por lo tanto en el Ayuntamiento, hace unos años, encargamos un estudio para redefinir el funcionamiento ambiental de las manzanas del ensanche de Barcelona. Las manzanas, cuando fueron diseñadas, tenían un control ambiental, a través, por ejemplo, de los patios que permitían hacer ventilaciones cruzadas a una distancia menor que la totalidad de la profundidad de la edificación, y todo esto estaba relacionado con que estuvieran abiertos por arriba y pintados de un cierto color. Todo esto con el tiempo ha ido desapareciendo, y la función climática pasiva del propio diseño urbano es absolutamente fundamental. En este sentido, es evidente que si tenemos un sistema donde en el entorno hay más vegetación, se reduce el impacto del calor o el reflejo del calor que pueda venir del asfalto. Todo esto ocurre tanto desde el espacio público como desde la propia cubierta del edificio.

E.P. Este estudio sobre el beneficio de tener cubiertas ajardinadas en la ciudad, ¿lo habéis empezado a explicar?

V.G. No, en parte porque de hecho ahora se ha de presentar a la Comissió de Govern un informe donde se explicará que queremos impulsar un Plan para fomentar el uso social y ambiental de la cubierta. El uso ambiental tiene esta parte relacionada con la naturaleza y el agua, pero también tiene que ver con la producción de energía. Se ha estudiado que Barcelona podría reducir, mejorando la eficiencia de sus edificios, un 50% del consumo de energía, y si además se cubriera el 30% de las cubiertas de los edificios actuales con sistemas de producción de energía, se podría generar, a través de sistemas renovables, toda la electricidad que necesita para su funcionamiento. Quiere decir que si una de las estrategias futuras es producir energía en la ciudad, es fundamental darle un uso energético a las cubiertas, que en parte ya se les da, con la ordenanza solar cuyo fin es obtener agua caliente. Pero es un dato que el 50% de estas instalaciones no funciona. La ordenanza solar te obliga a instalar las placas solares y se comprueba que se ha instalado, pero no te dice que tengan que funcionar. Lo que ha ocurrido es que pasado un tiempo, como no se mantienen las instalaciones, éstas se estropean y nadie sube a arreglarlas. La cubierta, por lo tanto, tiene un uso ambiental y luego un uso social, que es el más complicado, porque la gente tiene que decidir si se va

a la cubierta o se va a la calle. En la calle encuentras más gente, hay más bares, más cosas... siempre he pensado que las cubiertas deberían tener otro tipo de usos, deberían tener por ejemplo lugares de trabajo, que permitieran hacer otras cosas que en tu casa. En muchos casos, al no usarlas ningún vecino, han acabado privatizándose.

E.P. Sí, en el proyecto final de carrera que planteé en el 1992, había un escuela de Jardinería, que hacía sus prácticas ahí arriba. En el 92, en el ensanche había una población muy envejecida, el proyecto ofrecía que, al subir a tu terrado, te encontraras con los jóvenes de la escuela de jardinería cuidando la vegetación. Los terrados de la manzana se unían para dar cabida a las distintas prácticas: poda, césped, frutales, flores... que se tienen que aprender en la escuela.

V.G. Lo que ocurre aquí es que el ensanche tiene unas propiedades muy fragmentadas. Aquí el tamaño de las parcelas, por ejemplo las que vemos desde esta ventana, es una medida pequeña. Por lo tanto entre la caja del ascensor, etc... no existen grandes superficies para hacer una actividad económica o productiva que tenga interés. Esta es una de las cosas que nos pasó cuando estuvimos con Ben Flanner, buscando cubiertas que fueran grandes y que fueran planas, que estuvieran bien orientadas para poder hacer agricultura. Sobre una cubierta más pequeña, como las que vemos desde aquí, es complicado pensar cosas que tengan una cierta intensidad.

E.P. Sí, pero el ensanche es así, y aquí está la dificultad del proyecto. Volviendo al final de carrera, en una manzana concreta, la de Ausiàs Marc - Alí Bei - Girona - Bailén, había algunas azoteas a una cota muy baja que las saltaba, pues un objetivo del proyecto era llegar a dar la vuelta a toda la manzana, posibilitando la circulación en claustro por encima de toda la corona edificada.

V.G. Sí, intentamos hacer un primer estudio en una manzana muy regular del ensanche, pero tener unas 15 comunidades de propietarios, cada uno con una distinta opinión... es difícil. Es distinto cuando viene un vecino que quiere hacer una cubierta ajardinada y desde el ayuntamiento podemos ayudarle. Por eso es bueno hacer un Plan al respecto. Esto provoca que aparezcan personas interesadas en desarrollar algo. Esto es mejor que nosotros intentar convencer a los vecinos de una posibilidad que tienen en su edificio, pero que han de pagar ellos.

E.P. Con un objetivo como el que tenéis, tener un primer ejemplo para visitar sería una gran ayuda.

V.G. Lo que vamos a hacer es fomentar proyectos ejemplares. Pero hay una cuestión estructural primero que hay que resolver, y la adaptación de los edificios para aceptar una cubierta agrícola es cara, hemos estudiado un posible caso para conseguir 1000 m² de suelo agrícola y la inversión es de 700 u 800 mil euros, en reforzar la estructura, preparar los desagües de la cubierta...

E.P. ¿Es tierra lo que se sube a la azotea? En el proyecto final de carrera me asesoré con un ingeniero agrónomo y subía a los tiestos una mezcla de tierra y porex, para aligerar.

V.G. Sí, pero igualmente te hacen falta 15 cm. En el ejemplo de Brooklyn, que son unos 2000 o 3000 metros cuadrados, tenían camiones con unas bombas para subir la tierra y además esto lo podían hacer porque era un edificio industrial con una estructura que lo aguantaba. No es elemental que todas las cubiertas de la ciudad estén preparadas para hacer un suelo agrícola; otra cosa es tener unas mesas con cultivos, que es una versión mucho más ligera.

E.P. ¿Cuándo has empezado a plantear esto?

V.G. Hace por lo menos dos años y medio.

E.P. ¿Este es un interés tuyo?

V.G. Y de más gente, desde Medio Ambiente o desde Proyectos Urbanos del Ayuntamiento se han hecho cosas, pero es cierto que no hay ninguna cubierta verde muy significativa en la ciudad de Barcelona. La manera de hacer una transformación en la ciudad es definir un Plan a largo plazo, donde haya unas ciertas ayudas públicas para que esto ocurra, y hacer proyectos ejemplares a corto plazo. En el caso de *Barcelona Posa't Guapa*, la ayuda para restaurar la fachada de tu edificio era de una media del 10%. Pero también ayuda que haya ejemplos contundentes para que la gente quiera sumarse.

ABSTRACT. Barcelona es una ciudad de azoteas, la mayoría de ellas vacías, que ofrecen un lugar que poco tiene que ver con lo que ocurre debajo suyo, en las viviendas y en la calle.

Hasta el momento se han producido algunos intentos más o menos conseguidos de rescatar estos lugares, pero no ha habido aún una intervención con la escala suficiente como para considerarla una aportación a nivel urbano. Hemos conocido que desde el Ayuntamiento se está ahora estudiando el papel que pueden tener las azoteas respecto al resto de la ciudad y hemos hablado con Vicente Guallart, Arquitecto Jefe del Ayuntamiento de Barcelona, al respecto.

Palabras clave: Azoteas; Barcelona; Guallart.

Eva Prats es arquitecta y profesora del departamento de Proyectos Arquitectónicos de la E.T.S.A.Barcelona, y cofundadora junto a Ricardo Flores del estudio Flores & Prats.

El FAD 2014 y las nuevas generaciones

Consideraciones sobre la convocatoria número 56 de los premios FAD

Ramón Sanabria

El premio FAD, nacido en 1958, se ha mantenido año tras año sin interrupción siendo capaz de reflejar a lo largo de todas sus convocatorias la particular y excepcional historia de nuestra Arquitectura.

Este año 2014 se han presentado cerca de 450 trabajos. Casi todos bajo el denominador común del realismo y la contención, huyendo de los excesos y el espectáculo. Todo apunta, a que, con la reducción de trabajo, hay menos producción y más reflexión. Estoy convencido que esto va a beneficiar a la Arquitectura.

Son momentos complicados para la mayoría de nosotros, estamos invadidos por leyes, reglamentos, concursos mal planteados y contratos indignos, que nos están impidiendo hacer nuestro trabajo con el grado de corrección y responsabilidad necesario.

Hoy más que nunca se hace necesario defender los valores propios de la Arquitectura a pesar de la confusión y el daño que han hecho las arquitecturas del espectáculo y las inconfinencias formales. Todo ello no ha hecho más que agravar la confusión y los malentendidos entre la sociedad y los arquitectos, con el resultado de una gran pérdida de confianza, que es lo peor que podía pasar, ya que gran parte de nuestro trabajo está basado en esta confianza. Así empiezan a aparecer, entidades, empresas, profesionales de muy diversa titulación que se dedican a controlar nuestro trabajo. Prueba evidente de esta falta de entendimiento. Hace falta regresar a los valores éticos de nuestro trabajo. Una Arquitectura que reclame una vez más Oficio y Servicio, como hicieron las arquitecturas de nuestros mayores.

Oficio y Servicio ha sido lo que hemos encontrado en muchos de los trabajos visitados – el FAD es de los pocos premios donde las propuestas se visitan-. Las arquitecturas que el jurado ha escogido entre seleccionados y finalistas, que estarán presentes en la exposición itinerante, resumen algunos atributos comunes que me gustaría destacar:

Están alejadas del culto al objeto y por ello muy atentas al lugar.

Mantienen una correcta relación entre medios y fines.

Saben utilizar con inteligencia lo existente y son capaces de transformarlo, asumiendo los riesgos necesarios y controlados – no existe la buena arquitectura sin riesgo-.

En todo caso se dedican a investigar en vez de especular.

Dan valor a la permanencia frente a las modas y las fechas de caducidad.

Hablan poco y con pertinencia, y callan cuando se hace necesario – ¡cuánto bien hacen los silencios en la arquitectura!-.

En definitiva, unas arquitecturas basadas en la ética y con clara vocación social.

Todos estos rasgos, y de forma más que concreta, los hemos podido comprobar en los trabajos de las nuevas generaciones. La madurez que incorpora gran parte de las propuestas, contrasta con la edad profesional de los autores, capaces de integrar el Oficio y el Servicio que antes reclamaba sin titubeos. Todo ello, les aproxima de una forma muy especial a sus antecesores –quizás los abuelos- en una tradición que se mantiene viva, un delgado cordón umbilical que todavía no se ha roto, y creo que así debe ser en momentos de resistencia como los actuales.

Tenemos que volcarnos en ayudar a estas nuevas generaciones, para mantener el espíritu que nos transmitieron nuestros maestros.

Me gustaría terminar esta breve exposición, con las palabras de un maestro de maestros. Alejandro de la Sota:

“Los arquitectos, tienen que transformar la necesidad en espacio, recurriendo a una arquitectura que haga lo mínimo imprescindible. Es decir, sin levantar la voz ni llamar la atención innecesariamente”.

Estoy seguro de que después de estas reflexiones, se entenderá mejor la selección y los premios de la presente edición.

Ramón Sanabria es arquitecto y profesor del departamento de Proyectos Arquitectónicos de la E.T.S.A.Barcelona, y presidente de la 56ª edición de los Premios FAD.